

## CONTESTACION

de

DON AMENODORO URDANETA

*Señores:*

Elegido por la Academia Nacional de la Historia para contestar el discurso de recepción del Doctor Manuel A. Diez, vengo a cumplir el delicado encargo, aunque con la pena de que mis palabras no contentaran vuestras esperanzas, fundadas acaso en la creencia de encontrar en ellas las galas del buen decir.

El Doctor Diez, después de manifestar su reconocimiento a la Academia y hacer en breves pinceladas el elogio del Académico a quien sustituye, enumerando algunas de sus obras y haciendo justicia a su contracción y estudios, propone el tema de su discurso, en una síntesis, cuya sola concepción es prenda segura de elevado aliento.

Como sabéis, el tema versa sobre la consideración de la *Filosofía de la Historia*, vista en su triple carácter de *didáctica, justiciera y profética*.

Antes de entrar en el desenvolvimiento de tesis tan importante, y remontándose al origen del genero humano, encuentra en él la idea más grandiosa que ha ocupado el corazón y la inteligencia de los hombres; idea impresa en la razón y en el sentimiento de los pueblos, y que informa por tanto el criterio *universal*, como lo enseñan la historia, la tradición, la filosofía y aun la misma impiedad, que, intentando negarla, recorrió todos los campos del humano saber y de la historia, y retrocedió espantada al ver que ésta, y la filosofía y la tradición, contrariaban la sacrílega mentira que intentara sostener. Es, pues, digna de toda loa la mención del nombre de Dios en el comienzo del discurso; porque ese nombre augusto debe ser como el frontispicio y la piedra angular de todo templo consagrado a la civilización. En esto ha seguido el orador la práctica de los varones que más han sobresalido en el mundo, ya por la santidad, ya por la sabiduría, ya por las ciencias, o las artes, o por la poesía, y bellas letras.

Cuando Linneo concluyó su "Inventario de los tesoros de la naturaleza", se interrogó de esta manera: *¿cuál es el objeto de las ciencias naturales?* y él mismo se respondió: *es cantar la gloria de Dios*. Cuando Keplero terminó su inmortal obra "Armonías del mundo", elevó el alma al cielo y dirigió a Dios una plegaria admirable, que la ciencia y la historia guardan como un tributo de adoración al Sumo Creador del Universo. Buffon, que había sostenido una de las más monstruosas formas del materialismo —la *paternidad del sol*—, se retractó y sublimó el corazón y el espíritu en una plegaria llena de ternura y de esperanza.

Bien sabéis, señores, que el genio maás poderoso que ha visto la naturaleza en el campo de la investigación, el gran descubridor de la atracción universal, se descubría al nombre de Dios; y como él, mil filósofos han levantado el pensamiento al centro incomprensible de toda luz, o la primera causa de todas las cosas, al Padre de la ciencia y de la sabiduría. —El instinto misterioso del alma que busca su centro; la convicción de la ciencia al ver el limite de las lucubraciones humanas; y el unánime asenso de los pueblos, llevados por el sentimiento de la gratitud... han dictado las adoraciones y reclamos del genio, que se une a la naturaleza para remontarse al Eterno Legislador.

El orador ha rendido sus homenajes a esta grandiosa idea: y, armado con las armas del juicio y del talento, entra luego a explicar su tesis y trillar los caminos del progreso humano.

En su mesurado paso deja lucir multitud de ideas propias dignas de grande encomio; y asienta otras, fundado, es cierto, en autoridades, pero que yo, a fuer de imparcial, debo notar, protestando primero mi seguridad de que el genio progresista del orador, acaso asaz avanzado, o el apego a ciertos escritores superficiales y poco escrupulosos, lo han lanzado a algún leve desliz, hijo de la impaciencia científica, y tanto más sensible, cuanto que mayormente su discurso es acreedor al aprecio de todo aquel que bien lo considere. A la manera que un lunar suele realzar más el rostro de la beldad, así tal vez aquel desliz haga resaltar más la belleza del conjunto.

Parece que su sistema es el *progreso indefinido de la humanidad*, aunque a esto puede oponerse el alto concepto que el tiene de la civilización griega; concepto que naturalmente lo aleja un tanto del camino que se propone seguir, y lo hace lanzar algunas ideas aventuradas. La civilización griega, que a mi ver es semejante a una vistosa y gallarda nave anclada en el mar de los tiempos, con sus filosofías y legislaciones, que ya no satisfacen ni a la razón ni al pensamiento, porque otro pensamiento y otra razón ocupan la cultura moderna, iluminada por la luz que allá no se podía encontrar... esa civilización queda en la historia como los amables y tristes recuerdos de nuestra juventud, con los que acaso nos agrada soñar, aunque nos lastimen por sus incautas ligerezas.

Esos recuerdos de la Grecia han hecho decir a nuestro colega, tal vez con demasiado entusiasmo poético, estas palabras: "Sus obras no han sido superadas ni lo serán en los tiempos venideros". Esto pudiera ser verdad tratándose de las artes plásticas, en aquel país tan adorador de la forma. Pero el desenvolvimiento de la civilización ha ido borrando las ideas y creencias de las pasadas edades, por incompatibles con las lecciones de la sana filosofía; con los bellos ideales, que el Paganismo apenas vislumbraba; con los nuevos cielos de la fantasía; con la razón esclarecida; y con la conciencia y el sentimiento purificados por la suave luz del Evangelio; y ya vemos aquellas con el insensible aunque respetuoso cuidado con que nos acercamos a un nicho donde se conservan las momias y otras riquezas de los museos artísticos.

Y esto no puede ser de otra manera, puesto que las creencias religiosas y la cultura de aquellos pueblos son hijas de la razón humana, la cual, como criatura, es limitada y enfermiza, a la manera que lo son todas las facultades del alma y del espíritu, y los sentidos y demás componentes del cuerpo. Es preciso tener en cuenta que la humanidad es llevada por causas misteriosas, y que en estas descansan los acontecimientos generales de la historia. Nadie puede prescindir de *lo sobrenatural*, que existe en nuestra misma condición y que las ciencias ven como su principio y causa de su desarrollo: y esto es de tal manera cierto, que todas las concepciones humanas echan mano del misterio; y así lo vemos en las distintas religiones de los pueblos y aún en los mismos sistemas filosóficos que lo quieren suprimir. La sociedad moderna lo ve como la base de su existencia.

Lo que acabo de decir se corrobora con las siguientes palabras del orador: "Tiempo llegará en que los progresos sociológicos sean *incruentos*, cuando la *libertad*, *igualdad* y *fraternidad* sean los móviles de la humanidad"; pues, señores, estas tres ideas son hijas del misterio, hijas de la más bella y misteriosa realidad que ha visto ni verá la humana especie, y que es el centro del orden *sobrenatural*. Los pueblos paganos no conocieron esas sublimes ideas; ni ellas informan, por consiguiente, los códigos de la antigüedad. La noción de la *libertad*, esto es, la noción filosófica de ella, consiste en

sacudir el yugo de las pasiones, en acercar el alma a su prístina grandeza y en amar la justicia y esclavizarse a ella; y esta *libertad* no la conoció el mundo, sino cuando el Cristo abrió los labios para enseñar y perdonar y los brazos para estrechar a todos los hombres. La *igualdad* no se podía conocer donde había *castas*, donde la ley establecía la *desigualdad* de los hombres, y donde la misma filosofía se hacía cómplice de las aberraciones del entendimiento y las sancionaba en nombre de la Divinidad. Y la *fraternidad*, señores, así como la *igualdad*, no pudo ser exaltada sino cuando se fundó un hogar al pie de la Cruz, y se convidó a toda la humanidad para que morase en él.

No vanamente hago estas reflexiones sobre tan sublimes ideas. Ellas no sólo señalan el centro de la historia y la verdadera fuente de la filosofía, sino que a ellas se debe la civilización *definitiva de la humanidad*, como ha tenido que confesarlo la apostasía, por boca de Renán. Hay más: por ellas poseemos el tesoro de las civilizaciones antiguas. No se tendría hoy conocimiento alguno de sus documentos; ni se sabría nada de la cultura, historia, religiones y costumbres de aquellos pueblos; ni los adoradores de la Grecia tendrían las dulces fruiciones que gozan en la incuestionablemente bella literatura y en la mitología de esa nación, si los documentos de aquella suspirada antigüedad no hubieran sido salvados en los claustros, cuando los bárbaros asolaban e incendiaban la Europa; así como la luz divina se encerró en la oscuridad de las catacumbas, de donde debía salir a vencer las pasiones, los intereses y la filosofía del mundo pagano y conducir la humanidad a su inmortal destino.

Harto exagerado, pues, me parece el señor Pujol, citado como autoridad, cuando dice, hablando de la Grecia: "escuela que no ha tenido rival... patria de la filosofía... religión de la fantasía, cuyos ideales están en la *perfección*, en el *saber* y en la *libertad*..." "donde se inspira el tiempo moderno". Esto último puede tener cabida respecto del arte plástico, aunque no se si sea muy cierto. En cuanto a lo demás, es absolutamente condenable: ¡a no ser sombras los avances de la civilización y la armonía de la razón con la vida intelectual y moral y con las *nociones de libertad, igualdad y fraternidad*, tan justamente invocadas por nuestro orador!

Permitid, señores, levantar el velo de un escenario que entusiasmo y encanta por el brillo y la belleza de los artísticos oropeles que lo cubren.

Ese escenario no es otra cosa que un mar de bellísima superficie, de azules ondas y dorados horizontes... Mas, en el centro hay escollos y monstruos devoradores. –En efecto: el genio artista y literario encanta allí... pero la razón, el sentimiento y la virtud... estaban en naufragio.

¿Como puede llamarse *patria de la filosofía, escuela que no ha tenido rival*, a un pueblo donde el espíritu estaba atado a una rueda, como Ixión, y nada nuevo podía salir de aquel círculo, lleno de ideas contradictorias? ¿donde la filosofía no conocía el primer principio de todas las cosas, que es el punto que debe buscar y de donde debe partir esa directora de las ciencias? La razón estaba envuelta en sombras... era vedado descubrir algo, innovar nada en materia religiosa. Los filósofos que se elevaban a mayores ideas de las populares, se encerraban en sus casas para no ser delatados. Sócrates se atrevió a hablar de la *unidad de Dios* y fue condenado a beber la cicuta. La ley establecía las *castas* y la *esclavitud*, que aun los filósofos más elevados sostenían<sup>1</sup> como mandato del cielo. Las grandes cuestiones sobre el destino del hombre y la sociedad no ocupaban ninguna de las religiones paganas. La familia no existía: ni se crea que los *ilotas* eran los seres desgraciados; pues el padre era el déspota en quien la barbarie de los hombres había matado hasta los más legítimos sentimientos de humanidad. La madre era una esclava envilecida, que se compraba, se vendía, se despedía, según la voluntad del

---

<sup>1</sup> Aristóteles decía que había hombres que nacían naturalmente para la esclavitud.

déspota: y aquí por rubor y vergüenza de la naturaleza, no hago constar otras escenas, que relatan las mismas historias contemporáneas de aquellas edades.

Se sabe que los niños caían siempre en desgracia si no estaban bien formados, o si eran débiles, y se les arrojaba a las bestias y a las aves de rapiña; los ancianos eran sacrificados porque se les consideraba como inútiles... ¡Y esa es la civilización que tanto entusiasmaba a los que han bebido la leche del Cristianismo, a los que han depurado y desarrollado las facultades del alma al influjo de la luz eterna, respirando una aura balsámica y gozando las dotes sublimes de la dignidad y la libertad humanas! ¡a los que ven al hombre dignificado, y elevada por Jesús a Vestal del hogar y de la familia y a Sacerdotisa de la civilización esa preciosa mitad del género humano, que nació para amiga y compañera, no para esclava del hombre!

Allí no se podía formar el hombre, porque no podía haber escuela que formara el corazón; y es prueba de ello que la antigüedad no alcanza a presentar sino un solo *hombre perfecto*... Mas permitidme, señores, en este momento ceder la palabra a Voltaire, que tanto estudió los documentos antiguos, buscando argumentos contra el Cristo: "El Paganismo, dice, no ha presentado más que un solo *hombre perfecto*: EPICTETO; mientras que el Cristianismo ha dado desde el principio y sigue dando multitud de *hombres perfectos*".

Y en la celebre Enciclopedia se lee: "¿Quién no sabe que los sabios de la Grecia no podían convencer, ni a sus discípulos, de que se debía *amar y practicar la virtud*?"

Los dos mas grandes filósofos paganos, Sócrates y Platón, cansados de buscar la verdad, y desesperados de no encontrarla, la confesaron extraña a las fuerzas humanas; y concluyeron por decir: "Es preciso que un ser divino venga a enseñarnos la verdad".<sup>2</sup>

Pitágoras había dicho: "El hombre no debe hacer sino lo que agrada a Dios; mas, aquí esta la dificultad, ¿qué es lo que agrada a Dios? No se puede saber con seguridad, *a menos que Dios mismo o un genio celeste se lo indique*."

Todo lo dicho se resume en estas palabras de Demócrito: "O la verdad no existe, o si existe, esta oculta a los hombres".

¿Queréis finalmente una imagen que había muy alto sobre el asunto? Ved a Diógenes con una linterna en la mano, buscando *un hombre*, es decir, buscando la *perfección y la sabiduría*... que no se podían encontrar, porque aun no había llegado *la plenitud de los tiempos*.

En cuanto a esa religión tan decantada, por poética y halagadora, sólo se había alcanzado el Olimpo como su más bella expresión... ¿Y sabéis, señores, lo que era el Olimpo? El lugar en donde todo entraba, *menos la virtud*... donde las pasiones, las miserias y los vicios tenían sus divinidades tutelares... el lugar donde los dioses se transformaban, para dar expansión a sus caprichos... El Olimpo, en fin, no era otra cosa que un escenario de comediantes ideales, traídos a la realidad por imaginaciones absurdas, y que escudaban con su conducta la ceguedad y perversión de los hombres. Una sola virtud tenía su divinidad, pero esta no podía entrar en el Olimpo, ni aún en las ciudades, y hubo de relegarse a los montes, a buscar la compañía de las fieras, a veces mas humanas que los hombres.

No podemos retroceder veinte siglos sin ir al *fatalismo*, tan opuesto a la *libertad*; sin ir a la sombra, tan opuesta a la luz. Además, esto sería contrariar la ley de la Providencia, que no permite el retroceso de las ideas conquistadas. Napoleón cayó porque quiso hacer retrogradar la Europa diez siglos y volverla al feudalismo: el debía ser el *señor*, sus *castellanos* los reyes, y las naciones sus *feudos*. —Pero Dios no quiso que así fuera.

---

<sup>2</sup> Platón, *Timeo*

El Doctor Diez se espacia en justas apreciaciones sobre la misión y los deberes de la Filosofía de la historia, así como en las causas que influyen en las evoluciones sociales y en los problemas que deben ser medidos por el historiador. Yo, empero, respetando las opiniones del orador, así como respeto las de todos los hombres, encontraría en aquellas causas los elementos que sirven a la acción de la Providencia. Respetando la *libertad del hombre*, que ni el mismo Dios pudiera ofender, sigue aquella ordenando o permitiendo los acontecimientos humanos.

He dicho esto, acatando el sentimiento universal, aun de los mismos filósofos que quisieron negar la Providencia y que al fin tuvieron que rendirse, al encontrarla en todos los pueblos del globo. Véase, si no, esta confesión que se lee en la famosa Enciclopedia: "Si, la Providencia de Dios gobierna el mundo; mas, lo gobierna respetando los actos libres de la voluntad humana. Dios ha creado al hombre libre y lo ha puesto en manos del *libre albedrío*. Todo depende del uso bueno o malo que haga de su voluntad". (Art. Providence.) "La libertad", dice Euler, "es una propiedad tan esencial del ser espiritual, que el mismo Dios no podría despojarlo de ella."

También debo alabar en el orador la oportunidad y tino con que, hablando de la historia, escoge para la definición y objeto de ésta, las palabras con que un ilustrado escritor nuestro, tan galano en el decir como cortes en sus maneras y fino trato, expresa sus ideas sobre el asunto. Honra de las letras patrias, el señor Saluzzo muestra una vez más en ese párrafo la profundidad y seriedad de sus estudios.

Creo tanto más ciertas y elevadas las apreciaciones de este compatriota y colega que cita el orador, cuanto que veo alejadas de la verdad las de Valero Pujol, en las siguientes palabras: "Una ley de la historia es la emancipación del hombre, por el trabajo y la meditación". —Creo que esa emancipación corresponde a las legislaciones civiles y religiosas, a la moral, a la filosofía... mas no a la historia, a la que sólo corresponde recoger los hechos realizados, buenos o malos, y a lo más comentarlos. El mismo autor parece comprenderlo así y contradecirse cuando asevera al fin del párrafo: "La historia *busca el hecho y la idea*, no el misterio..."

La emancipación del hombre por medio del trabajo y la meditación es uno de los principales gajes de la Redención humana; y no de la historia, que ya se conocía desde muchos siglos antes, cuando el trabajo no estaba aún santificado, sino envilecido por una cultura errónea, que no podía alcanzar las luces de la civilización cristiana.

El Doctor Diez recorre el campo de la idea y la acompaña en su carrera triunfal desde los primeros días del mundo. Después del párrafo del autor de que hice mención al principio de este discurso, dice el orador: "La idea nueva perfecciona o destruye una antigua o edifica un especial momento que perpetúa la evolución civilizadora de los pueblos".

Señores, así la humanidad ha venido luchando por su perfección; y llegó un día en que, de *politeísta* que era, se encontró que había llegado a la grandiosa idea de la *unidad de Dios*. Esta idea, universal entre los pueblos cultos, anuló la Mitología y demás monstruosidades y absurdos creados por la extraviada fantasía de los hombres... y que hoy, con asombro de la razón esclarecida, se quiere resucitar por escritores superficiales... poco escrupulosos en cuanto a los límites de la Ley moral, y que Frayssinous incluiría en la escuela que llama de *paganos bautizados*.

Esa grandiosa idea que acabo de mencionar, fue alcanzada en lo antiguo por algunos filósofos, de los que buscan de buena fe la verdad y que, descorriendo el velo de sombras que los cubre, sienten llegar a su inteligencia algunas ondas de la luz divina. No *es posible*, decían ellos al ver la unidad del plan del Universo y la perfección de sus partes, *no es posible que esto no dependa de un solo Creador*. Esta conclusión hizo Hipócrates, que dijo en su libro *De natura hominis*:

"Elevándose a Dios por la ciencia y la contemplación de la naturaleza, es como se llega a la verdadera filosofía". Galeno, observando la perfección del organismo, decía: "El organismo del cuerpo humano no puede ser obra de muchos dioses"; Atenágoras sacaba igual conclusión del examen de las *causas finales*.

Mas no se crea que esta lucha ha venido *naturalmente* a traer las ideas de la civilización moderna. Éstas descansan todas, como creo haberlo dicho, en principios *sobrehumanos*. Es por tanto falsa la aserción de los que dicen, con un racionalista español, *que el Cristianismo es el desarrollo de la idea humana*. Para eso se necesitaría que las ideas nuevas hubieran sido aceptadas por la razón y la voluntad de los pueblos paganos; y que no hubiera habido la lucha con que estos pueblos combatieron por tanto tiempo las nuevas ideas, que encontraban contrarias a las suyas, a sus intereses, costumbres y civilizaciones.

No podía dejar el Doctor Diez de mencionar la Imprenta, esa nave donde viajan las ideas por el mundo; esa palanca, que, como la que pedía Arquímedes para remover la tierra, ha removido el mundo del pensamiento; "esa propagandista", como dice el orador, "de la verdadera civilización del planeta".

Tocante a la Filosofía de la Historia, cuya misión y caracteres expresa con bastante tino el orador, séame permitido decir algo, para terminar este discurso.

La Filosofía de la Historia no pudo ser bien aplicada en la antigüedad; resultando de ello que las historias generalmente son en aquella época "un cúmulo de hechos, leyendas y anécdotas que muy poco instruyen", como justamente dice nuestro orador refiriéndose a las historias que no tienen su complemento filosófico.

Siendo el punto cardinal de la Filosofía de la Historia la acción de la Providencia, como agente primero de los acontecimientos y gobierno del mundo, no podía aquella ser bien empleada por autores que no tenían nociones fijas respecto de esta Directora de las Naciones. Pues una Providencia que depende de multitud de opiniones contrarias, no es posible que funcione bien, y queda como una pluma a merced de las olas; porque los dioses, antagonistas muchas veces y rivales las más, y que tenían simpatías y antipatías por los hombres, no podían fijar el rumbo seguro de una Providencia.

La verdadera noción de ésta no puede estar sino en la unidad de un Dios justiciero y omnipotente, que ama a todas sus criaturas, y que ha venido manifestándose desde el principio del tiempo, sin cuidarse de las opiniones de los hombres.

A este punto cardinal de la Filosofía de la Historia, que tan acertadamente veo establecido en el "Manual de Literatura" de nuestro apreciable y docto colega, el Señor Doctor Felipe Tejera, se unen otros más, también allí consignados, que son: *la libertad humana* y la REDENCIÓN. Sin la *libertad humana* ¿de qué valdría la noción de un Dios justiciero? Quedaríamos reducidos al *fatalismo*, que no establece diferencia entre el vicio y la virtud, entre el heroísmo y la debilidad, entre el honor y la infamia. ¿Y sin la REDENCIÓN...? Señores, para responder dignamente fuera preciso subir en alas de la más alta filosofía a las regiones de la luz increada.

He dicho que la idea de la Providencia era universal en los antiguos pueblos. Debo agregar que hubo una excepción y ésta fue la de Epicuro, cuyo dios imbécil y perezoso esta echado en un rincón del infinito sin mezclarse para nada en su obra, después que la hubo hecho. Como digresión, acaso inoportuna, os recordaré, que en esto imitó Julio Simón a Epicuro, aunque después parece que se retractó y siguió la corriente universal. Anotó el hecho, por ser una prueba más del moderno espíritu de incredulidad, que ha imitado tantas ineptias y monstruosidades, ya por chocar con la civilización cristiana, ya por amor exagerado a la antigüedad.

"Todo hecho tiene su razón de ser", dice nuestro orador, en luminosas palabras. Nada más cierto y juicioso; pues no hay *efecto sin causa* (aunque si puede haber *causa sin efecto*) y los acontecimientos históricos son *efectos*: "Y toca a la Filosofía de la Historia", continúa, "estudiar las causas, apreciarlas y ver la conexión que tienen con los acontecimientos realizados". Este es el recto proceder del filósofo historiador; y veo en esas palabras una prueba más del acierto de nuestro colega.

Por lo expuesto se ve que la verdadera Filosofía de la Historia pertenece a la *era* moderna. Iniciada por los Profetas, nació en el siglo V, con San Agustín, y prosiguió después con San Bernardo y otros autores. En el siglo XVII Bossuet la llevó en sus alas de águila hacia las alturas, a bañarla en las eternas claridades del Empíreo. Luego, aunque con diversos criterios, hicieron de ella objeto de predilección Vico, Condorcet, Hegel, Krause y otros escritores renombrados, con pretensiones de elevarla a la categoría de ciencia.

Yo me atrevería a recomendar la lectura del capítulo de la obra citada del señor Tejera, donde se aprecia justamente esta parte principal que debe entrar en las condiciones del historiador. Allí se verán los criterios u opiniones de los historiadores filosóficos y las verdaderas condiciones de todo aquel que pretenda escribir historias, leyendas o novelas.

*Ilustrado colega:*

La Academia Nacional de la Historia se congratula al recibirlos en su seno.

*Señores:*

Os doy las gracias por la benevolencia con que me habéis oído.